

Enrique Louzado Moriano



SEÑALES DE LOS PASOS...

A mis padres, que me enseñaron a dar los primeros pasos por esta Tierra, y a mi maestro D. Saturnino Santibáñez (q. e. p. d.), que me enseñó a andar por los libros.

PROLOGO

Todo lo que nosotros llamamos Historia Sagrada atestigua que el nacimiento de un poeta es el acontecimiento principal de la cronología.

R. W. EMERSON

¿Cuál es la misión del poeta? En el mundo actual en el que a todo se le pone precio ¿cuánto vale una poesía?

Se ha dicho, se ha repetido hasta la saciedad, que la misión del poeta era el mover, el despertar a los pueblos. Y es cierto. Pero no lo es menos que por ello los poetas suelen ser crucificados. Claro es, que no

estoy refiriéndome a los poetas políticos en cuyo caso el tirano de turno podría encontrar un motivo, nunca una justificación.

¿Cuál es la misión del poeta? Rodeemos la cuestión para centrar el problema.

Se ha repetido, también hasta la saciedad, que sólo un tercio de la humanidad tenemos el estómago satisfecho. Las teorías malthusianas nos presentan, desde esta perspectiva, un panorama aterrador.

¿Qué tiene que ver con esto la poesía? Sigamos.

Engels, en su creencia ciega en el poder de la técnica, aseguraba que si bien es cierto que la población crece en progresión geométrica, no lo es menos que también la ciencia —y con ella la capacidad para resolver los problemas— crecen en la misma medida. ¿Por qué entonces, podemos preguntarnos, no se resuelve el tan debatido y nunca mejor dicho, en su sentido real, rompecabezas?

Y es un poeta —no podía ser otro— quien nos da la solución. Novalis afirma, y creo que todos estaremos de acuerdo, que por cada paso que se avanza en el terreno de lo material hemos de adelantar tres en el del espíritu.

He ahí la misión del poeta: prepararnos, entrenarnos, dotarnos de la capacidad suficiente para poder dar con éxito ese gran triple salto espiritual que el hombre de hoy —subdesarrollado fiducialmente— necesita. Redescubrir el amor, reiventarlo al hombre, transformar el mundo, tu misión: poeta.

La Poesía —el Arte en general— no es ya lo perfec-

tamente inútil que decía Taine; sino lo más necesario. Hemos de empaparnos, bañarnos en poesía.

La Poesía, como el aire que respiramos, es de todo punto imprescindible, es el arma más valiosa que poseemos.

Por eso, si el nacimiento de un poeta —que además era Dios, cosa que Emerson parece olvidar— es el acontecimiento más importante de la cronología, la aparición de otro poeta, en este caso Enrique Louzado, es otro acontecimiento que no puede pasar desapercibido y más aún si el poeta, además del poder creador, que como creador posee, tiene el poder salvífico de su condición de sacerdote.

Enrique Louzado Moriano nace como hombre en Villanueva de la Sierra (Cáceres) en 1933 y nace como poeta en el Seminario de Coria-Cáceres donde ingresa en 1946 y donde a través de la revista LUX MUNDI comienza a entrenarse y a entrenarnos en ese triple salto espiritual a través de sus versos. Posteriormente publica en ALCANTARA, EXTREMADURA y VALGO, ésta de Cádiz, para alcanzar un refrendo multitudinario a su valía en la II Fiesta del Cerezo en Flor, del Valle del Jerte, donde por su poema «Poema de un Paraíso» es galardonado con la Cereza de Oro.

La poesía de Enrique Louzado es una poesía sincera y vivencial, es una poesía que busca la esencia de las cosas, es una poesía clara y diáfana, es —nada más y ¡nada menos! que— poesía pura.

En este libro para cada «señal de los pasos» Enrique busca y emplea el ritmo y la métrica, la música y la cadencia, la melodía, que en definitiva es la mejor

y más universal forma de expresión, conveniente a cada «señal». Y así en «Ven a mi paisaje» o en «Ronda de campaniles» —primeras composiciones del libro—, el ritmo es de marcha e incluso de danza cuando así conviene a la expresión, mientras que en «Poema de un Paraíso» —dedicado al Valle del Jerte por donde el sólo pasar no es suficiente, sino que se exige la permanencia, al menos en espíritu—, o en «Es tu nombre» o en «Esperanza» o en «Recuerdos de la infancia» la melodía es pausada, contemplativa, casi una meditación.

En «Canción de Primavera» y «Pinceles de Primavera» —tema éste tan grato a los poetas—, en «Oración», en «Cinco esperanzas», en «El lenguaje de ocho estrellas» o en «Azul», Enrique nos trae el recuerdo del Lorca dinámico y colorista de sus mejores tiempos, del Lorca eterno. Hay en esas composiciones metáforas de plasticidad tal que valen por todo un poema: «Está dando a luz la tierra...»; «Sobre arista de fuego / la luz cabalga...»; «Trisca veredas de cielo, / hecho arcoiris de nácar, / el cascabel de un rebaño / de ocho estrellitas de plata.»

Pero la poesía más trascendental, más hecha, más definitiva, se encuentra en el grupo formado por las «Señales de los pasos... de Dios» donde Enrique, vertiendo todo su amor y entrega de sacerdote, a veces su soledad, nos da lecciones de valor permanente: «Porque es hermoso sentirse necesario / de tu obra creadora, cada día. / Y sentirse, aunque pequeño / árbol frondoso / que dé frutos y sombra a mis hermanos» y el poeta se nos revela integral poeta porque nos ayuda a dar ese gran salto que, en el orden del espíritu, proponía Novalis, dentro de los más clásicos cánones de belleza y perfección formal. El poeta, Enrique, no es ya

un hombre cualquiera, el poeta es ya un creador, en el campo del espíritu algo que vocacionalmente ya era con anterioridad. Esta parte del libro de Enrique: «Señales de los pasos... de Dios» es de un matiz, de una temática unamuniana, pero lo que en el rector salmantino es angustia y zozobra, en nuestro poeta es certidumbre y esperanza. La Fe, firme en un caso, vacilante en el otro es lo que les separa. El amor, tal vez, sea el mismo. De ahí la permanencia y validez de ambos.

Con Enrique Louzado Moriano, lo que a mi me gustaría llamar: «escuela cacereña de poesía» adquiere un nuevo miembro, que viene a unirse, con todo honor, al de otros muchos, algunos por todos conocidos —y no por ello más valiosos— y otros ignorados por el «gran público» —que en poesía no suele ser tan grande— y a los que hemos de agradecer su eficaz contribución, para que esta Extremadura nuestra del dolor y el subdesarrollo económico vaya descollando con éxito, cada día mayor, en el campo del espíritu.

Domingo DOMENE

VEN A MI PAISAJE

Ven a mi paisaje,
hambriento de rutas,
color de oro viejo
tiene Extremadura.
Hontanares ledos,
diáfanas llanuras,
espejo de novia
de claro de luna.

Ven a mi paisaje,
hambriento de rutas.

Juega a sueños niños
de montañas prunas,
de lagos de plata,
de encinas telúricas,

de soles de fuego,
de rojos de uvas,
de espigas de cera,
de almas profundas.

Ven a mi paisaje,
hambriento de rutas.

Vuela el pensamiento,
pilota a la altura
por el mar de tierra
de mi Extremadura.
Estampa, en sus piedras,
historias desnudas
de ancestros y dioses,
de rimas y musas,
de mundos sin fines,
de afanes sin dudas.

Ven a mi paisaje,
hambriento de rutas.

Sufre sus sufrires,
goza sus venturas,
inunda tu alma,
bebe vida ruda,
canta en sus cantares,
llora en su amargura...
Pero ven, viajero,
a mi Extremadura.
Ahita tu hambre,
hambriento de rutas.

RONDA DE CAMPANILES

Van campaniles de ronda
por calles, silencio y sueño.
Se han citado, al son de luna,
alrededor de San Pedro.
Por callejuelas y plazas
sus bronces cantan silencio.
Sonido a vida: La Paz;
voz a oración: el Convento;
pilar de Fe: Soledad;
San Antón: de fiesta y juego;
plegaria ahogada: del Cristo;
Santa María: sentimiento.
Y mudo, porque su vida
vive sólo en el recuerdo,
el campanil franciscano,
perdida su voz en tiempo.

.....
Ronda de bronces en noche
de luna, silencio y sueño.

POEMA DE UN PARAISO

Cereza de Oro, en la II Fiesta
del Cerezo en Flor, del Valle
del Jerte.

Desde arriba, desde el alto,
con notas de rabeles cristalinos,
peinando los juncales de la orilla
y llevándose en su onda un haz de trinos
de pardos ruisseños,
o el lúcido amarillo
de oropéndolas colgadas de castaños,
con fiebre maternal, junto a sus nidos,
descuelga el bravo Jerte
—nieve blanca, en cristales líquidos—
su andar entre roquedos,
fabricando sinfonías de caminos.

Y hoy está más bello,
que el cerezo ha florecido.
Un cerezo que hace urdimbres
inconsútiles con pardos de granito,
con el verde de los robles y las vides,
con los agrios retamales amarillos,
con las gradas de bancales, asomadas
de bruces sobre el río.
Paloma mensajera de esperanzas
es el plácido cerezo florecido.
A horcajadas volanderas sobre el agua
de este Jerte claro y límpido,
una espera de púrpuras y rojos
de cerezas hacinadas en racimos.
Y en medio del engarce de las sierras
—brazos maternales de nanas y cariños—
el pueblo acurrucado en su regazo,
que trabaja y que monta el drama vivo
del épico trajín de cada hora,
y que reza con un rezo recogido.
¡Y es que el alma de este Valle
es blanca y cristalina como el río!
Forjada, desde ya la manecida,
para escalar hasta la altura de los riscos,
para subir tras la caricia de las nubes
donde sentir a Dios más en sí mismo.
¡Ay, nostalgias del Valle y de sus pueblos,
de sus hombres, de sus mozos y sus niños!
Se oyen en la tarde las esquilas
de la cabra montaraz, que hace caminos
de regreso al ocre vaño soñoliento
y caliente del aprisco.
Y la abeja meliflua y laboriosa,
que se queda flotando en el hechizo

del mosaico de flores, que le ofrece
el néctar de su polen amarillo.
Y rápido bogar, por sobre el fondo
de arenas, engendradas en granito,
como lúcidos cristales de diamantes
—flotilla blanco-plata, submarinos—
de la trucha que persigue mariposas
y libélulas con trajes arcoíricos.
Y el eco, al escondite con los quiebros
que, al azul de los cielos, hacel el pico,
a espaldas de fantasmas invisibles,
va llevando los sonidos,
desprendidos de los bronces de las torres,
con mensaje de Dios en sus latidos.
Y el agua los recoge.
Y los hace bajeles de Cupido,
con las velas tejidas en espuma
y, en estiba, sus dardos de amoríos,
que ha de ir disparando a las riberas
de mares infinitos,
el alma de este Valle y de sus hombres,
y su rosario de cerezos florecidos.
¡La preñez de la tierra en esperanza
de alumbrada de cerezas en racimo!

CANCION DE PRIMAVERA

Mejorana y romero,
tomillo y agua,
caballito del viento,
azul y malva.
Sobre arista de fuego
la luz cabalga.
Los guijarros le han hecho
puente de plata.
Y bellones de espuma,
de espuma blanca,
almohadón de caricias
de sus pisadas.
El perfume y la brisa,
la luz y el agua,
caballito del viento,
azul y malva.
Primavera ha llegado
sobre sus alas.

ORACION

Mamá, bórdame en el agua.

— Te borrarías,
es muy blanda.

Mamá, bórdame en el viento.

— Te desharías,
es ligero.

Mamá, bórdame en la flor.

— Se marchitaría,
mi amor.

Mamá, bórdame en ti misma.

— Sí. Con hilos
de luz, mi vida.

PINCELES DE PRIMAVERA

Está dando a luz la tierra.
Cabalga aroma en el viento.
El sol se bruñe en las flores.
El ruiseñor trina celos.
El lagarto se esmeralda.
Sueña el amor nuevos sueños.
Enjoyan rocío los chopos.
Blanca oración los almendros.
Arpegian ¡qué sinfonía!
musicales los insectos.
En la calma de la tarde
hay mariposas de estreno.
En el hontanar, el agua
pule una rueda de espejos.
El horizonte palpita
luces naranja en los cerros.

Azahar en los pensites.
Prisas de plata el riachuelo.
Despertar en los pinares.
Zarcillos en los cerezos.
El retamar amanece.
Peina en los picos el céfiro.
Sello de urgencia, el azul,
en las postales del ciclo.
El corazón, ilusiones.
Las almas, retoñeciendo.
Pinceles de primavera,
dibujan un nuevo lienzo.

ES TU NOMBRE

Brota fuerte.
Chorro caliente aprisionado
en la entraña de los senos de un cantil.
Brota en claridad, sembrando vida,
en perfecto maridaje con lo grande.
Y es tu nombre.
Tu nombre dulce y recio.
Tu nombre entretejido de nanas y suspiros.
Tu nombre, que estremece.
Tu nombre palpitante, acariciado.
Hoy lo he repetido con cariño.
Con nostalgia de antañas primaveras.
Con memorias de dolor y calentura.
Con calor reconfortable de regazo.
Tu nombre, que he cogido de la mano,
intensa es la verdad, mayor que todas,
y lo he bordado en silabeo de mis labios:

¡MADRE!

Ese es tu nombre.

Profundidad, como de mar, en tu sentido.

Perfume de los vientos, al borde de azahares.

Reverbero de blanca luz de mayo.

Ilusión de esperanza sosegada.

Granazón escarlata

de una realidad que brota espigas,

temperadas con la savia que desborda

del amor que no te cabe dentro.

¡MADRE!

Con surcos en tu frente,

abiertos por la reja de querer con tanta fuerza,

con plata en tus cabellos,

por la piedra esmeril de tanto sacrificio.

Con tus pasos despacio,

para llenar tus ojos

con todos los destellos de mi vida de hijo.

Tus manos ¡qué caricia!

Tus espaldas, dobladas

por querer, siempre, llevar sobre ti misma

el haz de obligaciones,

que a mí pertenecían.

Y estás alegre.

Te haces mil esfuerzos,

porque queden en lo interior de tu pequeño cuerpo

los dientes de la rueda, que engranan tu fatiga.

Lo veo. Me doy cuenta.

¡Cuántas veces no puedes ocultar tu lucha!

Pero sigues así.

Igual que en los años de mi niñez pasada.

Queriéndome borrar de mi cerebro,

con el suave terciopelo de tu raigado amparo,

los negros abejorros de mis miedos.

Y ¿no te das cuenta
de que, quizás, ya me hecho grande?
Porque tu amor,
con los años, también habrá crecido,
nos sigue separando
la misma distancia de volumen:
Tú grande.
Yo pequeño.
La misma realidad de siempre:
Amparo del amor, fuerza que liga.
Ilusión de silabeo:
¡MADRE!

RECUERDOS DE MI INFANCIA

La tarde está triste y gris.
De las nubes, hasta el suelo, bajan lágrimas.
Es la lluvia que golpea los cristales.
Y yo, con los codos apoyados
en el granito frío de la ventana,
mirando los claros cabellos de la lluvia,
me duermo en el pasado
y sueño.
No son sueños ideales y sin alma.
Son sueños,
en plenitud de realidades y de vida.
Sueños vividos en mi infancia...
El reflejo de los álamos del río
en el cristal inquieto de las aguas,
que, al caer despeñadas, se desgranán,
formando un almohadón de espumas
y rompiendo la figura estampada en sus espejos,

en pedazos, como un rompecabezas.
El sueño de vestirnos con el río
en las tardes calurosas del verano,
haciendo, con el choque de los cuerpos
sobre la alfombra del remanso,
danzar al sol
con equilibrio de borracho.
El silbido
que, rompiendo los silencios de la tarde,
se apretuja al salir por la sirena,
formando nubes de vapor caliente,
y que anuncia el terminar de los trabajos.
Y sueño, como el cilindro de ladrillo rojo,
coronado por penacho de humo oscuro,
respirado a bocanadas
del fuego que daba vida a la caldera,
se elevaba hacia la altura
igual que nuestros niños pensamientos.
El cigüeñal del pozo,
formado en la acrobacia de unos maderos ásperos,
en subir y bajar continuamente,
ofreciéndonos, a chorros, el frescor de su líquido,
que vierte por sus bordes y miles de agujeros
un balde de hojalata con fondo de madera.
Las ranas perseguidas,
saltando y escondiéndose en el fango
del fondo del riachuelo
o en el hueco de dos piedras maridadas.
Sueño el otoño
con las puertas abiertas del encinar bravío
y el entrar tras el ocre dulzor de la bellota,
vestida con un traje moreno.
Y en el beso de llegada y despedida
de primavera y de verano,

por las ramas retorcidas de olivos y de encinas,
la aventura incontenible
de la búsqueda de nidos.
Y la higuera, rozando nuestras caras,
con sus hojas agrias y redondas,
brindando generosa,
maduros por el sol,
las mieles de sus higos.
Y aquel camino, que era nuestro,
que nuestros pies lo fabricaban cada día,
con libros a la espalda,
buscando nuestros bancos en la escuela,
que estaba lejos.
Tan lejos como mis recuerdos.
¡Recuerdos!
Recuerdos de mi infancia,
con mucho de dulzor y nada de amarguras.
Eramos varios los amigos.
Y más numerosos los niños que las niñas.
Nostalgias del regato musical,
donde nos sentíamos ingenieros,
fabricando unos diques con orujo,
va deshidratado de su vida,
intentando impedir que su corriente
siguiera componiendo sinfonías
con las notas del piano de sus aguas.
Y se embalsaba el agua
hasta que su fuerza era mayor,
en sus empujes,
que la frágil resistencia de los muros.
Y entonces reventaba
el pequeño rudimento de nuestra ingeniería,
provocando inundaciones,
derribando los puentes, palo y barro,

que unían las orillas del regato
también en infantil ingeniería.
¡Cuántos recuerdos, siempre alegres,
de los años infantiles,
crecidos al compás de los mil ruidos,
orquestrados por las máquinas
que, en perfecto maridaje de ejes y poleas,
engranaban la fábrica!
¡La Fábrica!
Ramillete de flores germinadas
en mi vida de niño.
Y en la vuestra también. Los que formabais
los radios de la rueda
de los que erais mis amigos.
Nostalgia perdurable y grande,
que grandes son las cosas de los niños.

HISTORIAS DE MI RELOJ

Tic tac, tic tac.
Como un pensamiento inacabable,
recorriendo el ecuador de la esfera terrestre,
para medir sus grados.
Así es mi viejo reloj:
un pensamiento de mis días,
que ha medido, al girar de sus agujas,
—siempre por el mismo camino
de noria sin fin—
los grados de mis horas.
Las horas inquietas,
rasgadas de sonrisas y muchas mariposas,
de mis años tempranos.
Las horas de preñez de gravedades
de mis pasos de adulto.
Esas horas que se vuelven amargas muchas veces,

porque tanto escondimos la sonrisa,
que encontrarla
nos resulta un imposible.
Muchas veces en los ratos de silencio,
cuando el espíritu está quieto
y libre de los lazos de las cosas,
como en un libro escrito y blanco a un tiempo,
leo y leo el paso de mis días
en la esfera de mi viejo reloj.
Y me cuenta historias.
Historias perdurantes en el fondo de mi mente,
reflejadas en un espejo de ideas.
Muchas veces son historias,
que brotan
porque, al igual que la semilla,
estaban recubiertas
por la tierra del olvido.
Son un despertar del mundo del misterio.
Un subir, en un instante,
el reposado telón de tantas candilejas
del teatro de mi vida.
La inquietud que hacía cosquillas
—juego imperceptible—
a los bancos de pino de la escuela,
vigilados por los ojos del maestro,
que recogía
—taza de una fuente—
el chorro de nuestra inocente travesura.
Posibilidad de sueños venideros,
que crecían en cadena de torrente,
fuerte, quedo,
entre setos de latín y de otras cosas.
Cómo emergen de la esfera, cansada,
de mi viejo reloj,

los muros sonámbulos
y los largos pasillos, en sombra,
del viejo Seminario.
La nunca sosegada espera
de vísperas
de mis manos ungidas.
El grito —alegría— de bronces de campanas,
que llaman a todos,
descolgándose por las calles empinadas,
al júbilo de Primera Misa.
Era como adentrarse mar adentro,
llevando por timonel a Dios.
Y más, muchas más cosas,
las que escriben las agujas de mi viejo reloj.
Cosas.
Salarios de muchos sacrificios,
aun los ratos amargos.

CINCO ESPERANZAS

**Para mi sobrinito Benigno
en su quinto cumpleaños.**

Flotan los pliegues del aire
canciones, bellas canciones;
albores de amancida,
albores, blancos albores.
Cinco recentales, cinco,
inquietaos y soñadores.
Pule diamantes el agua,
visten dorados los ocres,
el otoñal, diafanías,
el corazón, ilusiones.
Y entre los pliegues del aire
canciones flotan, canciones.

Llevan urgencia en decires
suaves, palpitadores.
Campanas llamando a fiesta
con el azul de sus bronces.
Azules y diafanías,
dorados, blancos albores,
en la paleta de Dios,
pintan, dibujan, recorren,
con cinco rayos de luz,
los años que tú recorres.
Cinco inocencias vividas.
Cinco esperanzas de hombre.

EL LENGUAJE DE OCHO ESTRELLAS

Para Inmaculada, mi sobrinita,
en sus ocho años.

Trisca veredas de cielo,
hecho arcoíris de nácar,
el cascabel de un rebaño
de ocho estrellitas de plata.
—Por los sus ojos de lumbre
gritan las tus esperanzas.—
Ocho añitos, tu camino
por la vida, anda que anda.
Ocho añitos, ocho estrellas
en el cielo de tu alma.
Y en su inquietud caminante
—vida de ilusión dorada—

van —alfabeto de Dios—
escribiendo sin palabras.
Y es una estrella la EFE
de Fe. Y de la Esperanza
la E. Y la A de Amor.
Juntas las tres, maridadas.
Tres virtudes, tres capullos,
que alumbran corolas blancas
en los macizos del huerto
de tu alma, Inmaculada.
Hay una O, de Obediencia,
sobre un tallo de esmeralda.
Y una HACHE, de Humildad
de violeta perfumada.
Y dice una TE: Trabajo,
con fuerza de clavel grana.
Escribe una PE: Pureza,
como una azucena cándida.
Y otra estrellita es la I:
Inocencia en tu mirada.
¡Ocho añitos, ocho estrellas,
que te escriben sin palabras.

NO ES UNA AUSENCIA

Buscas a Dios,
con hambre en tus entrañas,
y Dios parece que se aleja.
Y sientes que tu alma se vacía,
que la llena el dolor, que la muerte la tristeza.
Buscas a Dios
y te pones a gritar que no lo encuentras.
Pero Dios está ahí.
Junto a ti mismo,
al borde mismo de la acera.
Y está junto al tajo en el que el hombre
va dejando a jirones, poco a poco,
el río de sus fuerzas.
Y en medio del silencio, que en la noche,
desgrana paz en las conciencias.
Y se encuentra en los juegos de los niños,

y en las flores, y en los pájaros,
y en el agua de cristal de la rivera.
Y está junto al dolor,
y, dentro, en la alegría.
En todas partes, si lo buscas,
te lo encuentras.
Por qué gritas, entonces,
que Dios es una ausencia.

ORACION DE JUVENTUD

Es dura la piedra
v blanda, el agua.
El viento, fuerte,
suavidad, la brisa.
Mi juventud es piedra,
a veces, agua,
a veces, de viento fortaleza,
de brisa, suavidad, a veces.
A veces soy torrente,
otras, remanso.
Huracán desbordado, en un momento,
de hojas del otoño,
a veces, alas.
Tormenta en el océano de la vida,
refugio con quietud de puerto,
muralla que resiste,
otras veces, arena movediza.

Tengo fuerzas, Señor,
y, a veces, me abandonan.
Tengo ilusión,
tengo alegría,
al sentir juventud en mis entrañas.
Pero, a veces, las pierdo...
Y vago errante.
Sin norte en mi camino,
sin luz, sin esperanza.
Se oscurece el sentir de tu presencia
y palpo soledad en mis adentros,
a pesar de la gente que me estruja.
Y no quiero que sea,
Señor, eso mi vida.
Porque es hermoso sentirse necesario
de tu obra creadora, cada día.
Y sentirse, aunque pequeño,
árbol frondoso,
que dé frutos y sombra a mis hermanos,
los hombres de este mundo
en que me has puesto
sin preguntarme si valía.

ESPERANZA

Sentimiento tatuado en cada alma
con buril de muchas horas de deseos.
Agua que calma las fauces empolvadas
por la tormenta del crecer diario.
Apetencia de claro azul de amanecida,
rasgando el nazareno nocturno de la duda.
Mastín, en vigilante guardia del rebaño,
que atisba, seguridad asida,
el antifaz oscuro
de la ignorada sorpresa de la noche.
Columpio cristalino de esmeralda
del manojo de hojas —vestido de mañana—
del árbol de la vida.
Trino de fiebres, de celos y de amores
del ruiseñor sobre la zarza,
para apuñar su herencia.

Semilla volcada
en el hambre insaciable del terruño,
en búsqueda de parto multiforme.
Sedante de futuro,
para el sudor caliente,
del arquitebe conjugado de las horas.
Paso tras paso, por sobre blanda senda,
urdida con presentes de certeza,
con la sed cenital de luz añil,
en un final, que se regala blanco.
Y en el ápice de chapitel de la montaña:
Dios,
como única razón de los motivos.

UNA HOJA DESPRENDIDA

Una hoja, desprendida de una rama
del árbol, que está junto al camino,
perdido el esmeralda de su verde,
vestida con un traje de amarillo,
se ha caído.
Estaba sola.
Sus hermanas, poco a poco,
se habían ido.
¿En busca de aventuras?
Misterio para ella, tal vez, desconocido.
Estaba sola. Tenía miedo.
Sentía frío.
Y arrullada en la caricia,
que un penacho de brisa
le ha ofrecido,
desprendióse de la rama

y, en los brazos del viento,
se ha lanzado a recorrer
nuevos caminos.
Caminos que ella ignora,
con el gozo de una nueva libertad,
que siempre han terminado en el destino
de morir bajo los pies
de cualquier desconocido.
Triste fin de la hoja desprendida,
perdido el esmeralda de su verde,
poniéndose galas de marillo,
escuchando las caricias de la brisa
y dejándose mecer entre los brazos
del viento sin espíritu.
Igual que el del hombre que se siente,
de una rama del árbol de Dios,
como un vilano, desprendido.

TE PALPO JUNTO A MÍ

Te palpo junto a mí, refrescando mi alma,
como el agua, que llueve de las nubes,
refresca los labios agrietados,
en calma de la sed, de la tierra reseca.
Te palpo junto a mí, en medio del silencio,
como palpa la playa
la ola, con diadema de blancura,
que llega a dormir en sus arenas.
Te palpo junto a mí, igual que las caricias
con que mece la brisa de la aurora
el nostálgico verde de las hojas.
Te palpo junto a mí. Te apuño en mi camino,
como en noche clara de verano,
el caminante apuña las estrellas,
que le guiñan, tras uno y otro paso
de sus pies sangrantes y rotos de cansancio.

Te palpo junto a mí, como el perfume
de un campo de azahar,
llevado por el viento hasta la orilla
del mismo borde de mi vida.
Te palpo junto a mí, con fuerza de esperanza,
como una luz que brilla, con rojos de horizonte,
abriendo claridades en todo mi camino.
Y es que es tu luz, tu luz de eternidades,
la que sacia, Señor, con agua de tus manos,
el reseco agrietado de mis labios.
Por ello, a todas horas, con luz y oscuridad,
te palpo junto a mí,
como un agua fresca de verano.

TU PRESENCIA

Se estremece el péndulo del alma
por el tic-tac continuo de tu fuerza,
creciendo en un torrente desbordado,
con esperanza en la mirada.
Te presiento, Señor, de centinela
en el cruce de todos los caminos
con tu diestra, suavizando los guijarros
y tu caricia, blanqueando la andadura.
Qué esfuerzo, separarse de tus huellas,
qué lucha, no reñir en tu batalla,
qué nostalgia, olvidar de tu presencia,
qué perdón, bogar en tu sonrisa.
Tu presencia de Dios brota en la entraña,
al conjuro del contacto de lo cierto,
la escarlata de unos pétalos de rosa,
presagio de un aroma de milagro

Es un Tabor arquiteando Olivos
de tu vida y mi vida y la del hombre:
el cañamazo de ambos hechos se conjuga,
bordando tu divina galanura
con mi llanto peregrino y desterrado.
Pero está tu presencia. La vivo entre mis manos.
La abarco con mis ojos —Fe por guía—
y me late en las sienes, golpe a golpe,
evidencia, orilla conseguida, de tu abrazo.

ORACIONES ANTE EL PORTAL

Navidad de 1973.

I

De Europa llevo, Jesús.
Traigo riqueza en mis manos.
Traigo, en saber, un tesoro.
Traigo, de amor, un puñado.
Un puñado pequeñito,
vive el amor desterrado.
Hay ruidos de mil poleas,
hay humos desmadejados,
hay hombres, hay muchos hombres,
¡pero, tan pocos hermanos!

Da miedo mirar a Europa
¡Qué oscuros están sus campos!
¡Qué muertos en sus ciudades!
¡Qué solas, con cuánto llanto!
No la esclarecen ni viven
tantos millones de humanos.
Abreles, Niño, sus ojos.
Brótales quehaceres blancos.
Semilla en sus corazones
sabor de amores dorados

II

Flota congojas el aire,
ruge cañones el viento,
sueña temores la noche,
abona sangre el barbecho,
son grana los arrozales
y están rojos los desiertos.
Donde cantaste Tú, paz,
llanto de guerra hemos hecho,
y en vez de espigas de oro,
Asia pare sólo muertos.
Muertos por hambre de odio,
muertos por hambre de sueños,
que huyeron sus corazones
del Manantial y están secos.
Llueve tu Paz, Enmanuel,
llueve tu Paz sobre ellos.
De sus claveles de sangre
nácele un abrazo prieto,

un abrazo para siempre,
sin sombras, como sus cielos.

III

Desde la selva profunda,
desde el desierto quemado
vengo al Portal, caminante,
mis pies dolor y cansados.
Traigo a mi Africa Negra,
subida sobre mis manos.
Viene con hambre y estéril,
viene derramando llanto,
viene a pedir pan y agua,
viene a donarte un regalo.
No es oro, incienso ni mirra,
no ofrece un cordero blanco.
Viene a ofrecerte su hambre,
viene a gemir su letargo.
Jesús, que suena la aldaba.
Dios niño, extiende tus manos.
Lluevan las nubes al Justo
sobre el amor africano.
Dales pan que sacie el alma.
Dales pan de trigo blanco.

IV

Tiene sus brazos abiertos
entre los mares tendidos,

cóndores, fuerza en el viento,
nieve inocente en los picos,
lontananzas palpitantes,
plata bruñida en sus ríos,
luz en sus hombres de hoy,
sombra ancestral en sus indios.
Un continente en su nombre
y muchos hijos distintos.
Unos, con hambre en sus ojos,
hartos los otros, son ricos.
Desde la Alaska hasta el Fuego
¡qué numerosos caminos!
¡qué logros tan alcanzados!
¡qué sueños, aún, tan dormidos!
Sobre esta plural América,
—soles, hielos, sombras, brillos—
ponga ilusión de igualdades
tu corazón, Mesías niño.

V

Tengo mis ojos azules
de tanto mirar mis mares,
de bogar entre sus islas
y acariciar sus corales.
Sueño diafanías de luces,
vivo y rezo claridades.
Vengo, alegrías en el alma,
hasta el Portal, a rezarte.
Subido sobre mi frente
—caricias blandas de ángeles—

ciño el rosario de islas
de mi Oceanía. Cantares
pongo a tus pies, Niño Dios,
cantares, bellos cantares,
como el amor de mis islas,
como el azul de mis mares.
Ponle, Tú, azul a sus horas,
ponle Tú amor a su sangre.
Encere espiga en sus almas
el grano de tu Mensaje.

...De los sentimientos

UN ALAMO FELIZ

Estabas solo.
Solo junto al borde del agua,
cuando yo me sumergí en tu sombra.
Semejabas
un pensamiento disparado al infinito.
Servías,
para que el viento, en su carrera,
abriera sus brazos, que llevaba unidos.
La oración de tus hojas
rimaba, con ese mismo viento,
y su columpio,
una música de espacio.
El haz de tus raíces
—cabellera desplazada—
hurgada, en profundidad, hacia la tierra.
Eran bocas, muchas bocas,
masticando savia para tu esqueleto.

Me eché de espaldas.
Era mullida la tarima verde
a la que hacía dosel tu sombra.
Y, desde aquel principio,
observé como tu fin
garabateaba inquietudes en azul.
Y quise, que mi inquietud
fuese también en el azul caligrafiada.
Mis pensamientos, que iban despertando
de su letargo opaco,
remecidos por tu fuerza de árbol,
una presencia ¿física? ¿espiritual?
quizás ambas unidas,
como dos mariposas en amor de primavera.
Lo cierto es que me hacías bien.
Que mi alma era capaz
—igual que tus raíces—
de cavar su pozo en interior.
Y este pozo brotó agua.
Clara, poco a poco.
Era la paz.
¿O no lo era?
Sí. Debía ser.
Porque tenía deseos de dormir,
arrullado por la nana
que tú cantabas con el viento.
Pero el sueño nos hacía desiguales:
yo me iba
mientras tú permanecías,
centinela del vuelo de los pájaros.
Y fuiste como un garfio.
Y prendiste en su paso rebosante
una historia de amor,
que enseguida escribiste en el azul.

Y floreció con bucles amarillos,
luz de luciérnaga en la noche.
Y volvió a elevar mi pensamiento,
que se sentía intranquilo,
como pisado por una manada de caballos.
Algo llegó —habitante del aire—
hasta el corazón de una de tus hojas.
Era una libélula
con alas de arcoíris,
buscando reposo a su paseo sobre el agua,
rebosante de mirarse en sus espejos.
Se sentía sosiego.
Un silbo trotamundos
despertó un eco
de un sueño inalámbrico,
desprendido de un rayo de sol.
La plata de un habitante submarino,
de tu borde de agua,
hacía su paseo de la tarde.
En un momento
me pareciste un algo definido,
nacido de un silogismo imperceptible.
A lo mejor descubría en ti
la metafísica de una cuarta dimensión.
Pero lo cierto es que seguías allí.
Al borde de tu agua,
y escribiendo historias en azul.
Y comprendí que eras un álamo feliz.

AZUL

Mirad al cielo.
Es azul y tiene estrellas.
Mirad al mar.
También sus aguas azulean.
Y son azules las montañas
que, centineñas de horizonte,
desgarran las llanuras con sus crestas.
Y flores hay azules,
y pájaros, y piedras.
Y, al nacer, una vida es azulada.
Y esa vida es azul cuando se quiebra.
Y es azul el amor. Y la alegría.
Y el juego de los niños.
Y el agua de las fuentes.
Y azul es el color de la inocencia.
Azul.

Todo es azul.
Como el cielo y el mar.
Como la tierra.

YO LO SABIA

No me lo dijo la gente.
Quizás me lo dijo el aire
mientras la noche dormía.
Pero me quemaba el hambre
de palpar tus palabras,
de navegar en tu sangre,
submarinar tus pupilas,
iluminarme en tu imagen.
No me lo dijo la gente.
Quizás me lo dijo el aire.
Iba creciendo el amor
—disminuía la tarde—
iban ardiendo los fuegos,
impulsados, palpitantes.
Fluía mi corazón
rosario de manantiales.

No me lo dijo la gente.
Quizás me lo dijo el aire.
En las palmeras, el viento
se va peinando mis ayes.
Ayes que bordan tu nombre.
Ayes que rezan tu imagen.
No me lo dijo la gente.
Y no me lo dijo el aire.
Era que yo lo sabía,
como esas cosas se saben.

EL MAR

Eres grande, ilimitado,
sin fronteras, como el sueño de los niños.
Azul el espejo de tus aguas,
y tu cabello blanco.
A caballo de tus olas cabalga el pensamiento
Como tus aguas, sin quietudes,
el continuo deambular del alma.
El ser profundo, en infinito,
como la hondura de tu fondo.
Tu vientre, grávido de vida,
como el bullir continuo de la sangre.
Tus orillas, sin medidas.
como el camino a las estrellas.
Eres el mar.
Hermosura, infinitud, amor y miedo.

LA AUSENCIA

Teoría inconsútil de lajano,
escorzo de centauro en el cairel del viento,
espiga de semillas encendidas
en el fanal del tiempo.

Con la luna, subiéndose a los hombros
de la noche radical e intransigente,
se abre, en azul, el lirio de la idea,
calentura escarlata de la mente.

Al conjuro de un arpegio poliédrico
de realidades vivas,
el odre del nostálgico capricho
tiritita de alegría.

Y el sonido del abrazo del adiós,
con vestido nazareno del suspiro,
llama a la puerta del corazón abierto,
prediciendo un futuro en entredicho.

Amargo de distancia.
Apólogo de uvas agridulces,
cercanas a los ojos y a las papilas lejos,
como el negro, a lo blanco de las luces.
Surge el Marte feroz del invisible,
recortándose en verónicas de dudas
y se revela el alma ante los muros
que cercan sus anchuras.
Se precipita el juicio en el vacío,
ignorante del motivo de las horas,
apretándose a los ojos escocidos
con lágrimas que lloran.
Un manantial, con fuerza de torrente,
revuelto en galopadas sin bocado,
busca un océano de olas, que acaricien
las arenas de un reposo, de un descanso.
Bravío frenesí de un ecuador de fuego,
hambre insaciable de haber entre las yemas
la caricia suave de mejillas
pacíficas y débiles y plenas.
Y se aspera la palma, se encallece
por el astil sin pulir de ocre nostalgia,
rasgándose el espejo en solitario
en cobrizos gajos de naranja.
Asomándose al mar inmesurable,
vertical acantilado vigilante,
faro, presagio de una ruta cierta
con tacto de brisa refrescante.
Alma batida por el contacto blando,
tangibile y desgranado
en melenas, progresión de mil vivencias,
del agua de los pasos.
Se alarga la visión indefinida,
se perfila el relieve del yo hambriento,

se revuelve, fiera brava, la presencia,
y el ascua de su fuego quema interno.
Forja el martillo con su golpe frío,
en el calor de palpito del yunque,
nace a su encanto un confín de formas,
en concilio de rojos y de lumbres.
En espirales, engarzadas de infinito,
hace alpinismo el águila señora
y en la presa adivinada, presentida
unge sus ojos de cristal de roca.
Audaces soliloquios. Ascetas negaciones,
barbacana adelantada de los miedos,
desdoblándose en quimeras, en milagros,
cortando como dagas de aire cierzo.
Roto el sentido de un por qué, granado,
del equilibrio del péndulo, carencia
de angular razón, cegada de espejismo,
se rompe el alma, ahogándose en la ausencia.

REALIDADES

La luz,
el agua
 bordan un rizo,
 rizo de plata.

La noche,
el viento,
 corceles corren,
 corren ligeros.

La risa,
el llanto,
 esencia íntima
 del ser humano.
(Que al correr de las horas...
se riza, corre, se ríe y se llora.)

LA VIEJA ENCINA

A Domingo Domené.

Eres vieja
y tienes el tronco retorcido.
Y tus ramas, como en una epilepsia,
estranguladas.
Tus hojas están verdes
y riman.
movidas por el viento,
poemas a los años
cuya historia está
grabada en tu corteza.
Atalaya en serranías y picachos,
soñadora en la llanura calcinada,
ancestral,
enigmática y austera,

desgranas tus historias
en latidos palpitanes,
caricia del sentido,
de quien sabe medir
tu magnitud de vida.
Y son historias de muchas realidades:
Del sentir
y el pensamiento;
del cruzar cotidiano, en tu presencia,
de los hombres.
Hombres curvados como tensos arcos,
dispuestos al disparo de la flecha
del trabajo, que redime.
Y de hombres que cantaron versos
a ilusiones logradas.
Historias
del gozar de almas gemelas
hablándose de amor
al fresco de tu sombra.
Historias olorosas, perfumadas,
prendidas del camino de la vida,
que es hermosa.
Historias del dolor,
del sufrimiento,
y también de la esperanza.
Historias del morir, a veces,
de los cuerpos.
Las más, de los descos.
Tu tronco,
¡oh, vieja encina!
montaraz,
agrio y bravío,
es un archivo de los hechos

que, en tu largo vivir,
se sucedieron.
Y hoy me llego hasta ti.
Tras de tus ramas verdecidas
al cobijo.
Y quiero,
en un silencio audible,
llenar mi alma
de tu viejo saber.
Cargar mis hombros
con el peso,
incapaz de ser medido,
de la ciencia de tus muchos años.
No me niegues,
¡Encina!,
tu lenguaje.

COSAS; SENSACIONES

Infinitos horizontes sin fronteras,
crepúsculo de luz en el ocaso,
manto de blanco en la montaña,
quietud en las estrellas.
Ruido de silencio, amanecida,
perlas de cristal nacidas de la lluvia,
una voz que canta, otra que llora,
luciérnagas brillantes, al borde del camino.
En el quehacer del miedo,
roedor que huye ante rapaz nocturna,
una vida que se forma en el calor de un seno,
una flor que brota, rompiendo su capullo.
Un chopo plateado, mirándose en el río,
el canto de un regato, en saltos por la sierra,
la paz de un cementerio, tumbas blancas,
azabache y esmeralda, en conjunción, en el olivo.
La áspera bellota con fez de moro viejo,

unos pies descalzos, con polvo entre los dedos,
un agua, regalo de una fuente,
un hombre que camina por la calle.
Un sol que brilla en las alturas,
el viento que silba en la ventana,
una voz que modula una canción,
unos labios que se juntan en cariño.
Una rosa roja, parida por el odio,
la danza de los sonos del timbre del teléfono,
un chorro de palabras de dos enamorados,
el nacer de una vida cada instante.
Las olas, persiguiéndose, sin alcanzarse nunca,
la flor, acariciada por una mariposa,
un rostro que se esconde en maternal regazo,
una lágrima que quema en una despedida.
Una torre fabricada, por taladrar el viento,
un valle, en profundo vertical,
una oveja que bala, en grito de llamada,
disparos que se cruzan, en busca de una vida.
Los peces engañados por el mentir del cebo,
la hormiga en su viaje continuo de ida y vuelta,
zumbido de la abeja, en su fábrica oscura,
quietud, atenazada, de niños en la escuela.
Mortero que oscurece el rojo del ladrillo,
martillo que golpea en sobre el hierro rojo,
durezas, en las manos, por roce del trabajo,
redondo de una mesa, con varios comensales.
El ¡ay! estremecido de un cuerpo dolorido,
dos ojos que se apoyan en un bastón de gafas,
un copo de algodón que cruza por el cielo,
un ave enfebrecida, en su nido, empollando.
Piar de los polluelos, tras la gallina clueca,
rasgar de una guitarra el velo de la noche,
negrura del espíritu interno de un tintero,

olor de una manzana, mordida por un niño.
Correr asustadizo de alguna lagartija,
una verde jaramago, adorno del barbecho,
blancor de margaritas, sembradas por el prado
un río desbordado después de la tormenta.
Quebrase de un espejo, al borde de un guijarro,
el eco de unos bronces que rompen el silencio,
dos hombres que se atacan, en medio de unas
[cuerdas,
aroma de una rosa, en danza con la brisa.
La nota estrangulada de «jaz» de una trompeta,
la trenza de los juegos de un pelotón de niños,
un labio con montante de alero de bigote,
correr de un automóvil en busca de algún árbol.
Quietud, entretenida, del seno de una plaza,
dolor y gozo unidos, que alumbran una vida,
buscar la paz el hombre, con sus ojos cerrados,
profundo de unos ojos, espejo de un amor.
Correr hacia una meta sin encontrarla nunca,
el claro de inocencia de una infantil mirada,
el guiño de unas luces, con brillo intermitente,
colores maridados, creados por el arte.
Curvado de una espalda por peso de los años,
dos brazos que rodean a un alguien a quien aman,
bondad de una caricia, sobre un alma que llora,
cruzar el suave viento por un ave que vuela.
Dos ojos que se vuelven tras una minifalda,
un tubo de aspirinas, remedio de dolores,
subir en laberinto del humo del tabaco,
un mitin que organiza aquél que no da nada.
Ladrido de quien dice cantar canción moderna,
un río atenazado por muros de cemento,
andar, en un engarce, de muchas otras cosas,
formando una cadena, que no termina nunca.

INDICE

	<u>Página</u>
Prólogo	3
...De los sitios	9
Ven a mi paisaje	11
Ronda de campaniles	13
Poema de un paraíso	14
...De la luz	17
Canción de primavera	19
Oración	20
Pinceles de primavera	21
...De mi vida	23
Es tu nombre	25
Recuerdos de mi infancia	28

	Página
Historias de mi reloj	32
Cinco esperanzas	35
El lenguaje de ocho estrellas	37
...De Dios	39
No es una ausencia	41
Oración de juventud	43
Esperanza	45
Una hoja desprendida	47
Te palpo junto a mí	49
Tu presencia	51
Oraciones ante el portal	53
...De los sentimientos	59
Un álamo feliz	61
Azul	64
Yo lo sabía	66
El mar	68
La ausencia	69
Realidades	72
La vieja encina	73
Cosas; sensaciones	76